

Joan Llopis

La escucha de la Palabra

EMAÚS 12

IV. CELEBRAR LA PALABRA

Una lectura festiva

La Palabra de Dios no sólo ha de ser acogida con fe sino que ha de ser celebrada con alegría. Este carácter festivo y celebrativo de la audición de la Palabra aparece de un modo muy vivo en un episodio de la historia del pueblo de Israel que podemos leer en el libro de *Nehemías*. Se trata de la lectura pública y solemne que organizó el sacerdote Esdras con motivo del redescubrimiento del libro de la Ley de Moisés, al volver el pueblo del exilio de Babilonia.

“Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que hay ante la puerta del Agua. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la Ley de Moisés que el Señor había prescrito a Israel. Esdras trajo el libro a la asamblea de hombres y mujeres y de todos los que podían comprender. Era el día primero del mes séptimo. Leyó el libro en la plaza que hay ante la puerta del Agua, desde el amanecer hasta el mediodía, en presencia de hombres, mujeres y de los que podían comprender; y todo el pueblo estaba atento al libro de la Ley (...)

“Mientras los levitas explicaban al pueblo la Ley, el pueblo permanecía en sus puestos. Los levitas leían el libro de la Ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de forma que comprendieran la lectura. Nehemías, el gobernador; Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al

pueblo decían al pueblo entero: ‘Hoy es un día consagrado a nuestro Dios. No hagáis duelo ni lloréis (porque el pueblo entero lloraba al escuchar las palabras de la Ley). Y añadieron: ‘Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y envidad porciones a quien no tiene preparado, pues es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza’. Los levitas acallaban al pueblo diciendo: ‘Silencio; no estéis tristes, que es un día santo’. Por fin el pueblo se fue a comer, a repartir alimentos y a organizar una gran fiesta, porque habían comprendido lo que les habían enseñado” (8,1-3.9-12).

Dos cosas nos interesa destacar en este texto tan dinámico y vívido: la preocupación de los proclamadores del libro de la Ley por asegurar una recepción clara e inteligible de la Palabra de Dios, y el interés por hacer de esta recepción no sólo un acto intelectual (por así decir) sino una celebración festiva, con la participación del corazón y del sentimiento y con efusivas expresiones de gozo compartido: “Organizaron una gran fiesta, porque habían comprendido lo que les habían enseñado”.

Es esto lo que pasa también en la proclamación de las lecturas bíblicas que constituye una parte importante de las celebraciones litúrgicas de los cristianos. No se trata solamente de escuchar los textos, de captar su sentido y de acoger su mensaje: se trata también, y de un modo muy fundamental, de dejarse penetrar por su fuerza transformadora, que afecta la cabeza y el corazón, la inteligencia y el sentimiento, la convicción racional y la fibra más íntima del alma. Se trata de ponerse al alcance de esa Palabra de Dios “viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos, y que juzga los deseos e intenciones del corazón” (*Hebreos* 4,12).

En el seno de la liturgia, la Palabra de Dios es proclamada festivamente para que ella misma sea objeto de celebración (de ahí provienen las muestras de veneración que recibe el

libro que la contiene, las luces y el incienso que acompañan su recitación solemne, las aclamaciones del pueblo antes y después de escucharla) y para que conduzca a la asamblea a participar activamente en el rito sacramental. Una de las misiones de la homilía consiste precisamente en asegurar el vínculo dinámico entre la Palabra proclamada y la Palabra celebrada.

Palabra y sacramento

Vemos, pues, que la homilía no sólo empalma con las lecturas bíblicas sino que se relaciona con los demás elementos de la celebración litúrgica, convirtiéndose en una especie de quicio articulador. A partir de las lecturas proclamadas, la homilía conduce a los oyentes a la oración litúrgica y al rito sacramental, y de este modo queda asegurada la unidad fundamental de toda celebración. Vale la pena que analicemos con un poco más de detalle las razones profundas de esta íntima unión entre la proclamación de la Palabra y la celebración del sacramento, sobre todo en el caso de la Eucaristía, donde el vínculo se muestra más fuerte y más lleno de sentido y eficacia.

Existe el riesgo de separar demasiado entre sí las dos partes de que se compone la celebración de la misa: la liturgia de la Palabra, por un lado, y la liturgia eucarística, por el otro. Desde que, en los mismos comienzos de la Iglesia, se unieron ambas partes -que tenían, ciertamente, un origen diferenciado- “están tan estrechamente unidas entre sí, que constituyen un único acto de culto” (*Constitución sobre la liturgia*, nº 56). De modo que no conviene insistir demasiado en las diferencias que, evidentemente, mantienen entre sí, diciendo, por ejemplo, que la liturgia de la Palabra es la parte “didáctica” de la misa, en la que intervienen sobre todo los hombres, y la liturgia eucarística es la parte “mística”, en la que el único protagonista es Dios. En esto se fijaba un eminente liturgista catalán, ya desaparecido, cuando a raíz

de la introducción de las lenguas populares en la liturgia, defendía que la lengua del pueblo se podía perfectamente utilizar en las lecturas (la parte humana o “pedestre” de la misa, como él mismo decía) y, en cambio, en el canon (que corresponde al santuario misterioso y divino de la celebración) había que mantener el latín, como lengua hierática y sagrada. En realidad, si lo miramos bien, las perspectivas son bastante diferentes, casi inversas: la Palabra es de Dios, la plegaria eucarística es nuestra.

La conexión entre Palabra y sacramento en la celebración eucarística se pone de manifiesto si tenemos en cuenta que la audición fructuosa de la Palabra de Dios nos sitúa ya en una actitud de acción de gracias, que luego halla su cumplimiento perfecto en la plegaria eucarística y en la ofrenda del “sacrificio de alabanza”. Igualmente, la unión profunda en la fe que provoca la recepción de la Palabra -base indispensable de la “comunión de los santos”- queda totalmente consagrada en la “comunión de las cosas santas” que realiza el sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo. No olvidemos, finalmente, lo que quiso destacar el Concilio Vaticano II como fundamento de toda su doctrina sobre la liturgia y que podríamos resumir diciendo: no se puede separar nunca el anuncio del Evangelio de la celebración de la liturgia, porque tienen el mismo objeto, la salvación aportada por Cristo a toda la humanidad. La misma salvación que anuncia la Palabra es realizada por la eucaristía (véase el nº 6 de la *Constitución sobre la liturgia*).

Por eso podemos decir que la proclamación de la Palabra es ya celebración y que la celebración de la Eucaristía es también anuncio y proclamación, de acuerdo con la afirmación de san Pablo: “Cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva” (*1Corintios* 11,26). No deja de ser significativo a este respecto que la plegaria eucarística, que constituye la esencia de la celebración de la misa, contenga en su núcleo la proclamación de un trozo de evangelio, el relato de la institución, un evangelio tan bien dicho y proclamado que realiza

eficazmente lo mismo que anuncia. Es quizá el punto culminante de convergencia entre Palabra y sacramento, allí donde se ve que comulgar con la Palabra de Cristo es lo mismo que comulgar con su Cuerpo y su Sangre, y que tiene razón toda la tradición cristiana cuando asimila el pan de la Palabra con el pan eucarístico y afirma, tal como recoge la *Orientación general del Misal romano*: “En la misa se dispone la mesa, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, en la que los fieles encuentran formación y refección” (nº 8).

La homilía, acto litúrgico

Ya hemos dicho varias veces que la homilía es litúrgica por su misma naturaleza. Conviene, por tanto, que esto se manifieste en la manera como es pronunciada y también en su contenido objetivo. Recordemos que los textos bíblicos que la homilía explica forman parte de una celebración con la que están íntimamente vinculados, y que los oyentes de la predicación homilética son unos fieles reunidos en asamblea litúrgica. Si el celebrante, cuando predica, produce la impresión de que deja de realizar una acción litúrgica para convertirse simplemente en un maestro u orador -aunque sea “sagrado”- es señal evidente de que la homilía no se ha insertado vitalmente en todo el proceso del acto litúrgico, por más que materialmente esté incrustada en el mismo. La vinculación con la acción litúrgica queda asegurada cuando la homilía parte realmente de los textos bíblicos y conduce a los fieles a una fructuosa recepción de la Palabra, a una participación consciente y activa en la celebración y a una proyección de todo ello en la vida de cada día.

En la tarea de entroncar íntimamente Biblia y liturgia, puede ser de gran utilidad -aunque al mismo tiempo presenta sus dificultades- el conocimiento de las modernas investigaciones en el estudio de la Biblia. En primer lugar, cada vez se ve con mayor claridad que muchos libros de la Biblia son, ya desde su mismo origen, documentos que nos transmiten la

expresión litúrgica de las primeras comunidades cristianas. Ello nos puede facilitar la utilización que en la liturgia hacemos nosotros actualmente de esos mismos documentos. En segundo lugar, las investigaciones modernas han puesto de relieve que ciertas intuiciones de los comentarios de tipo alegórico tienen una base objetiva y científica, ya que en realidad los autores sagrados querían ir más allá de los simples hechos narrados y en muchos de ellos veían figuras de las realidades sacramentales, como sucede a menudo en el evangelio de Juan, en el que los “signos” milagrosos de Jesús se convierten en prefiguraciones de los “signos” sacramentales de la Iglesia. Esto es lo que se llama “exégesis tipológica”, es decir, un comentario de los textos bíblicos que tiene en cuenta que los “hechos” históricos son frecuentemente “tipos” o figuras de las realidades sacramentales y también de las escatológicas o pertenecientes a la consumación final de la salvación. La revalorización de esa exégesis tipológica puede constituir una ayuda importante para comprender la utilización de determinados pasajes bíblicos en la celebración de los sacramentos y de las fiestas litúrgicas.

Finalmente, hay que tener presentes las corrientes desmitologizadoras de la Biblia que la época moderna ha visto proliferar. Incluso ellas pueden ser útiles -aunque a primera vista producen desconcierto- porque sirven de criterio para descubrir el contenido real de las celebraciones cristianas. La verdadera y necesaria desmitologización no consiste en renunciar al lenguaje mítico -imprescindible en una expresión poética como es la litúrgica- sino en descubrir, a través del mito, el mensaje de salvación que la Biblia transmite y la liturgia celebra. Es necesario que el predicador homilético esté al corriente de los resultados de la interpretación desmitologizadora -que no intenta destruir la Biblia sino comprenderla mejor- con el fin de ser capaz de transmitir el núcleo esencial del mensaje bíblico y conducir a los fieles a una participación real en los misterios cristianos, sin que por ello tenga que abandonar la fuerza poética y humana del lenguaje simbólico. Cuando, en plena celebración de la Vigilia pascual, se proclama el relato -ciertamente mítico- de

los días de la creación, resulta mucho más impresionante si sabemos que no se trata de una explicación científica -y, por tanto, prosaica- de los orígenes del mundo, sino de un bellissimo poema que evoca la fuerza creadora de Dios, más allá de precisiones espaciales y cronológicas, y que a los cristianos de hoy nos sirve, sobre todo, para reactualizar la obra de la nueva creación y para comprender -como dice la oración presidencial que sigue a la citada lectura- “cómo la creación del mundo en el comienzo de los siglos no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio pascual de Cristo, en la plenitud de los tiempos”.

El paso al rito

Es muy conveniente, por tanto, que la homilía conduzca de un modo armónico desde la liturgia de la Palabra hasta la liturgia del sacramento, es decir, desde la Palabra proclamada y comentada hasta esta misma Palabra celebrada y reactualizada en el rito sacramental. Es lo que se acostumbra a llamar “paso al rito”, el cual no debe convertirse en una especie de formulismo obligado y casi mecánico, sino que debe impregnar todo el comentario bíblico. Si la homilía está bien orientada desde el principio, aunque no se diga explícitamente, los fieles se sentirán impulsados a participar de un modo más activo y consciente en la acción sacramental que se disponen a celebrar.

En el caso específico de la celebración eucarística, para conseguir una inserción natural y equilibrada del comentario bíblico en la acción litúrgica, es preciso tener en cuenta:

La fiesta que se celebra. Un mismo pasaje bíblico -como ya dije anteriormente- adquiere matices muy diversos, según la fiesta litúrgica en la que se proclama. Incluso se puede dar el caso de que las exigencias temáticas de la festividad obliguen a interpretar determinados textos bíblicos en un sentido bastante alejado del que sería obvio desde el punto de vista

estrictamente literal. Esto quizá pasaba más antes de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II: recordemos, por ejemplo, que el evangelio que se leía antiguamente en el día de la Asunción de María no tenía nada que ver con dicho misterio sino que se refería al episodio de Jesús con las hermanas Marta y María; el predicador se veía obligado a confundir a María de Betania con María de Nazaret y aplicar, fuese como fuese, a esta última la frase del evangelio: *Maria optimam partem elegit* ("María ha escogido la mejor parte": *Lucas* 10,42). Pero, incluso después de la reforma, hay ocasiones en que los textos bíblicos tienen poco que ver con la fiesta que se celebra: mientras no se cometan verdaderas extorsiones ni se acepten contrasentidos, se puede admitir cierta libertad interpretativa, especialmente si estamos convencidos de que la Biblia es para la Iglesia una realidad viva y dinámica y no un monumento inerte e intocable.

El tiempo litúrgico correspondiente. Como hemos hecho antes, hay que distinguir entre los tiempos litúrgicos llamados fuertes y el tiempo ordinario del año litúrgico. En los primeros, la homilía no tiene que olvidar nunca los matices que les son propios, para que también el comentario bíblico sirva para destacarlos y potenciarlos. En los domingos del tiempo ordinario, hay más libertad de orientación, aunque siempre la homilía debe disponer mejor a los fieles a celebrar en profundidad el misterio central del cristianismo: la Pascua del Señor.

Las posibles correspondencias entre los hechos bíblicos proclamados y las realidades litúrgicas y sacramentales celebradas. Se trata de aplicar los principios de la tipología bíblico-litúrgica, tan conocidos y utilizados por la mejor tradición de los Padres de la Iglesia. Evidentemente, en esto hay que huir de toda imaginación subjetiva y hay que basarse en investigaciones serias y comprobadas. Por suerte, la estructura del Leccionario litúrgico facilita bastante las cosas, ya que en general las concordancias que insinúa tienen una base muy sólida, como, por ejemplo, los evangelios de la samaritana, del ciego de nacimiento y de la resurrección de